

mundo, porque, de lo contrario, llegará día en que llores lo que ahora no has aprovechado.

—Tienes razón, Avelina—respondió Esteban:—siquiera por consideraciones á ti, debía ser muy juicioso: por ti, que eres tan buena. Y además, nuestra madre me encargó, en la hora de su muerte, que te protegiese siempre. Ya verás, así que el curso se abra, cuánto estudio.

Avelina abrazó á su hermano: para aquella alma inocente y tierna, una promesa de Esteban valía mucho.

Esta conversación tenía lugar en el verano y durante las vacaciones: la joven no dejó de amonestar á su hermano dulcemente todo el tiempo que duraron, y éste, cuando se fué á la ciudad, recibía cada semana dos cartas de Avelina animándole al estudio y al trabajo.

Estas cartas le sorprendían siempre en el café ó en los toros, ó bien á la vuelta del campo, donde había ido á merendar con sus amigos y camaradas; pero no por eso dejaban de hacer en su ánimo una impresión profunda; porque Esteban, según su hermana decía, tenía mala cabeza, pero buen corazón y bastante talento.

Al fin, en los exámenes sacó nota de *mediano*, y pudo seguir su carrera cuando ya estaba amenazado de ser expulsado de la Universidad.

## II

Empezaba Abril á asomarse, detrás de los últimos días de Marzo, su alegre semblante y su rosada frente.

Ya era templado el aire, y las lilas y madresevas de los huertos, que son muy hermosas en Egea de los Caballeros, le embalsamaban con el perfume fresco de la primavera.

La casita habitada por doña Severa tenía un jardinillo muy mezquino y muy descuidado; no obstante, como Avelina amaba las flores con la pasión de las naturalezas poéticas é inteligentes, la tía Homobona llamaba á Santiago—un pobre jornalero vecino—para que le diese una vuelta cuando no hallaba dónde ocupar el día, y luego le pagaba con un trozo de tocino y un cucurucho de arroz para que diese de comer á su mujer y á tres niños pequeños que tenía.

Santiago tomaba lleno de agradecimiento el arroz y el tocino, pues de no tener nada, aquello era un socorro para su familia, que de seguro se hubiera quedado aquel día sin comer.

Aunque entendía de jardinero, Santiago trabajaba de albañil: su jornal era de una peseta; y debe suponerse que se gastaba toda cada día, y

que los ahorros, caso de hacerse alguno, eran tan exiguos, que á la primera tos de uno de los niños, si había que comprar un jarabe, se iban todos.

Y sin embargo, Santiago y Petronila, su mujer, eran dos seres buenos, honrados, inofensivos y tan caritativos, que muchas veces ayunaban por dar su plato á un pobre, si éste les pedía limosna.

Doña Severa regañaba de los arreglos del jardín: su naturaleza poco poética no se avenía muy bien con lo *bello* y sólo comprendía lo *útil*: había sido siempre muy fea, y como tenía claro talento y exacto raciocinio, había renunciado al amor antes de que el amor renunciase á ella.

¿Y qué luz hay más bella para el alma y que derrame en torno suyo rayos más dulces que el amor?

Una vida sin amor es como una flor sin perfumes.

Sin embargo, aquella anciana solterona, egoísta al parecer, regañona, áspera é insolente, tenía un corazón muy grande y que un inmenso amor llenaba: el amor á todos los menesterosos, á todos los desvalidos: la caridad.

Continuamente daba limosnas, aunque no en crecidas cantidades, y pocas veces las daba por su mano, sino por la de un anciano sacerdote agregado á la parroquia, y que era un dominico exclaustro.

Aquel buen señor era una especie de ángel con

sotana; se llamaba el padre Matías: era pequeñito de estatura, delgado, alegre y apacible, como un bienaventurado; en lugar de llevar sombrero de teja, llevaba uno apuntado ó de picos, atado con dos cintas por debajo de la barba, y que con una levita negra muy larga, un pantalón que dejaba ver unas medias más blancas que la nieve y unos gruesos zapatos, constituía su traje.

Un grueso bastón le servía para apoyarse en los largos paseos que daba con alguna rapidez, é iba siempre seguido de un perro canelo, de casta entre dogo y mastín pequeño.

Este perro tenía también su historia, que era bastante interesante.

Nació en el campo, de una perra que durante el verano cuidaba por las noches las trojes, y quedó con la madre de guardián de la cosecha y de la hacienda; pero cuando apenas contaba seis meses, perdió todo el pelo á consecuencia de una enfermedad que le dejó en un estado repugnante.

El dueño dijo que no le quería en su casa; y sus hijos, muchachos de duro y perverso corazón, le ataron una soga al cuello y le llevaron con intención de arrojarle al río Arba de Luesia, que con otro y algunos arroyos fertiliza aquellos contornos.

Por el camino no escasearon los malos tratamientos. El infeliz animal, como si conociese la suerte que se le destinaba, se resistía á andar y aullaba lastimosamente; los chicos le apaleaban

y le arrojaban piedras; ya le llevaban casi arrastrando, exánime y cubierto de sangre, cuando se hallaron con el padre Matías que salía á su diario paseo.

—¿Adónde vais con ese perro?—preguntó á la desalmada tropa, pues á los hijos del dueño del perro se habían reunido otros muchos de la población.

—¡Toma!—contestó uno:—¡á echarle al río!

—¡Esperad, chiquillos! ¡Quietos ahí!—gritó el padre Matías con autoridad.

Los chicos se detuvieron, y el pobre animal se sentó sobre sus patas traseras, jadeante de fatiga, y fijando una mirada suplicante en el buen padre Matías.

—¿Por qué vais á echar al río á ese perro?—volvió á preguntar el sacerdote.

—Porque padre no le quiere en casa—dijo uno de los muchachos:—se ha puesto malo y da asco verle.

—¿Y por eso le lleváis al río?

—Sí, señor: le ataremos al cuello una piedra muy grande y le arrojaremos en lo más hondo para que no pueda salir. ¡Andando, Palomo!

Y el chico tiró bárbaramente de la cuerda que llevaba el perro atada al pescuezo.

El padre Matías se aproximó al muchacho y le quitó la sogá de la mano; después la desató del pescuezo del animal, y dijo:

—Yo me quedo con Palomo.

—¿Pa qué le quiere usted?—preguntó uno de los hijos del antiguo amo.

—Para cuidarle, cuidarle y quererle: ¿no sabéis que no hay amigo más fiel que el perro? Malas entrañas manifestáis martirizando tan cruelmente á este animal que ningún daño os ha hecho; ¿y por qué? ¡Sólo porque es desgraciado!

—¡Pero, señor, si está tan feo!

—Ya le veréis dentro de un mes. ¿Y qué culpa tiene él de estar enfermo? Supongamos que á cualquiera de vosotros le envía Dios una lepra: ¿será humano que le echen al río, y si se resiste á la muerte, que le arrastren y lo apedreen? Pues aún es peor el caso presente; porque sois malos, dais disgustos á vuestros padres, y el pobre Palomo es un animal indefenso que os quiere y cuida de la hacienda. ¡Eh!; el perro queda para mí. Á la escuela vosotros.

Los chicos se fueron cabizbajos y mohínos; el padre Matías llamó á Palomo y se lo llevó á casa del carpintero donde se hospedaba, dando la suma de una peseta diaria.

El total de su renta como agregado á la parroquia, consistía en seis reales.

De los dos reales que le sobraban, tenía que vestirse, calzarse, pagar á la lavandera, atender á la cura de Palomo y mantenerle, sin que por eso pensase suprimir las limosnas que hacía.

Sucedía con el sueldo del padre Matías la parábola del pan y los peces, según la cual, con una

corta cantidad comió todo el pueblo hebreo. Dios aumentaba y hacía el gasto.

Cuando la carpintera vió al infeliz animal, cubierto de heridas, destilando sangre y lodo, exclamó:

—Señor, ¿adónde va usted con esto?

—Es el pobre Palomo, Teresa—repuso el sacerdote:—unos pícaros chicos iban á arrojarle al río...

—¿Qué herejía! ¿Pero usted qué va á hacer con el perro?

—Me quedo con él.

—¿Para qué?

—Para curarle y que después me haga compañía. Vamos, no te enfades, Teresa; ni tú tampoco, Bernardo. Pondré á Palomo en mi cuartito: sólo os pido un pedazo de estera vieja para que se eche y descanse, en tanto que voy á llamar al albéitar.

—Padre Matías, ¿qué nos hemos de enfadar nosotros?—exclamó el honrado Bernardo, que cepillaba una tabla.—Su merced es el dueño; y, á la verdad, que un perro es una excelente compañía; y usted ha hecho una buena obra salvando á ese infeliz de la suerte que le preparaban: figúrese usted que desde que se puso malo, le ataron en un cobertizo donde daba el sol todo el día; yo le oía aullar cuando iba al corral á buscar madera: ni le daban de comer, ni de beber. Anda, Teresa, ponle algo para que se eche ahí en un rincón del

patio, y un cacharro con agua, pues observo que está muerto de sed y de fatiga.

—Yo creo que curará—observó Teresa:—mi padre tuvo uno que se puso así y curó. Ya verá usted, padre Matías, cuando rece en su breviario durante las noches del invierno, qué buena compañía le hará el Palomo echado á sus pies. ¡Pero, calla!... Por allá va el albéitar... ¡Eh! ¡Pascual!

En efecto, el albéitar pasaba por la acera de enfrente; oyó á Teresa y se acercó á la tienda.

—Buenas tardes, padre Matías—dijo;—buenas tardes, Bernardo. ¿Qué se ofrece?

—Que veas á este perro que ha recogido el padre—contestó Teresa:—dinos si te parece que curará.

—Cuidándole bien, sí; yo le pondré bueno.

Palomo fué lavado con agua tibia en un artesón de remojar madera, y después el albéitar le envolvió con un gran paño mojado en agua de azufre.

Se le dió de beber agua con nitro, y de comer un poco de sopa, y al instante se durmió con un sueño profundo, quebrantado de sus fatigas y de su largo martirio en casa del labrador.

Ocho días después estaba bueno y curado de sus heridas y de sus llagas, de las que no quedaba otra señal que la falta de pelo; pero éste renació pronto, y Palomo se puso tan gordo que abultaba cuatro veces más que antes.

El animal llegó á ser el amigo de la familia y

el compañero inseparable del padre Matías, quien sólo le prohibía que le acompañase cuando cada mañana iba á decir misa.

Cuando alguno daba noticia de haberse hallado al exclaustro, siempre decía:

—He visto al padre Matías y á su perro.

Al verlo tan hermoso, sus antiguos amos le llamaban en la calle y le hacían caricias: él meneaba la cola; pero en seguida se iba corriendo al lado del sacerdote ó del carpintero, como diciendo:

—Me acuerdo bien de vosotros; pero me encuentro mejor aquí. ¡Abur!

El padre Matías era limosnero de doña Severa, según queda dicho; pero ésta le encargaba el mayor secreto: así es que el buen señor, cuando iba á socorrer á algún pobre, enfermo ó sin trabajo, decía:

—Tomad: esto os traigo de parte de una buena alma.

—¿Y quién es? ¿Quién es?

—No lo puedo decir.

No obstante, la caridad es como un perfume exquisito: por tapado que se halle el frasco en que se encierra, siempre se escapa algo que revela dónde se oculta. Veían entrar al padre Matías con tanta frecuencia en casa de la solterona, que todos los pobres de la villa sabían, ó sospechaban por lo menos, que era ella quien les socorría en sus penas y trabajos.

Era, pues, una hermosa tarde de Abril cuando

doña Severa se hallaba, acompañada de sus sobrinas, en una salita donde dormían las dos jóvenes y donde se hacía labor.

La casa era la última de la calle Mayor y daba ya á la campiña: era de apariencia modesta, pero, aunque vieja y antigua, bastante cómoda.

El cuarto estaba amueblado con una sencillez casi monástica: las paredes, blanqueadas, sólo veían interrumpida su monótona blancura por tres cuadros, ennegrecidos por el tiempo, y que representaban á San Antonio, á San José y á la Virgen del Rosario.

Un sofá muy antiguo y muy macizo, de madera pintada de verde con dibujos que habían sido dorados; media docena de sillas compañeras; un manucordio, que servía de base á un magnífico crucifijo, y dos mesas sobre las cuales había dos urnitas de cristales que contenían un Niño Jesús y una Divina Pastora de cera, completaban el mueblaje, que era el mismo que tenían los padres de doña Severa.

La alcoba se veía adornada con cortinas de percal, de fondo blanco con figuras de color de rosa, y estaban guarnecidas con un fleco blanco de algodón.

Á pesar de la humildad, uso y antigüedad de los muebles, respiraba aquella habitación un aseo y una frescura que la hacía parecer agradable.

En dos jarritos de loza verde, colocados uno á cada lado de la urna de la Divina Pastora, había

dos ramos de lilas, que esparcían un delicioso perfume; en el balcón había macetas llenas de plantas y flores; á lo lejos se veía la arboleda que fecundaba el río; los huertos, verdes ya y que empezaban á florecer, y los olivos de monótono y eterno verdor.

El molino movía sus aspas como brazos que predicaban el trabajo; las chimeneas dejaban escapar columnas de azulado humo y decían á los labradores, que se ocupaban en las faenas del campo, que la esposa diligente les preparaba la sana y abundante cena.

Doña Severa tejía una calceta muy fina; sus dos sobrinas cosían; la tía Homobona hilaba.

Ya hemos dicho que las dos primas en nada se asemejaban: Avelina era pequeña y delgada, y tenía la tez blanca y pálida.

Sus ojos pardos, grandes y rasgados, eran dulces y límpidos; la expresión de su fisonomía, tranquila y pensativa, tenía un indecible encanto: se veía brillar en aquel rostro la luz del talento, unida á la luz de un alma buena, sensible y llena de una apacible serenidad.

Su traje, de modesto percal y ya compuesto en mil partes, lo estaba con tanto primor, que parecía una gala sobre su talle esbelto y delicado; un delantalillo de lana negro se enlazaba detrás de su cintura, y su cabello formaba á su pequeña é inteligente cabeza un tocado natural y lleno de gracia.

Irene era media cuarta más alta y doble corpulenta; su tez blanca y rosada, sus ojos alegres y azules y sus cabellos rojos la hacían aparecer como la muchacha más bella de la población, según la opinión de casi todos los jóvenes.

Sin embargo, á primera vista se conocía que la materia y la prosa se habían aposentado en ella como en terreno propio.

Comía mucho, dormía más y no pasaba pena por nada.

Su vestido, de la misma tela y de la misma fecha que el de su prima, estaba más viejo, más deslucido y tenía bastantes manchas.

En vez de estar en cuerpo, llevaba sobre el vestido un pañuelo de lanilla, cuyas puntas había atado detrás de la espalda.

Su peinado era tan vulgar, como distinguido el de su prima; en una palabra, cualquiera hubiera tomado á Avelina por la señorita de la casa y á Irene por su criada.

Doña Severa, vestida de negro, llevaba aún su pañuelo de lana y su gran peluca de inalterable forma.

Las dos primas cosían en la misma tela: era un vestidito de percal oscuro. Irene tenía la falda; pero á cada dos puntadas que daba, miraba por el balcón al campo.

Avelina cosía, sin alzar la cabeza, en el cuerpo del vestido.

Doña Severa hablaba muy poco.

La tía Homobona sólo desplegabala los labios para regañar.

Irene no decía más que necedades.

Avelina casi nunca hablaba, porque nadie la entendía, excepto su tía; pero ésta, la mayor parte de las veces, permanecía encerrada y absorta en sí misma.

—Ya está el cuerpo—dijo Avelina cortando la seda con sus tijeras. ¿Has acabado la falda, Irene?

—¡Acabar!—respondió ésta con flema;—pegando estoy el segundo paño.

—Pero, Dios mío, ¿qué haces?

—¡Tomal; ¡coser!

—¡Es sábado y hemos prometido á doña Liboria que para esta noche estaría acabado este vestido de su niña!—exclamó la joven con acento doliente.

—¡Esol; ¡ahora debías de llorar!—dijo Irene.—¡Si no está esta noche, estará mañanal

—¡No es lo mismo! ¡Yo he dado mi palabra!

—¿Por qué la das?

—¡Porque conté con que me ayudarías siquiera un pocol ¿Quién había de pensar que no querrías hacer nada? Dame esa falda.

—Toma y dime qué hago yo.

—¿Qué has de hacer? Ya no queda más que esto, y pensé que, al acabar yo de coser el cuerpo y las mangas, habrías tú acabado la falda para pegarla yo ahora.

—Pues, hija, no es así: que mucho y bien, la paloma lo vuela.

—¿Acaso querrás decir con eso que tu prima cose mal, verdad?—preguntó doña Severa alzando los ojos de su calceta y fijando una mirada penetrante en su sobrina menor.

Ésta inclinó la cabeza avergonzada y confusa. Su tía hablaba tan pocas veces, que se la escuchaba siempre con una especie de asombro.

—Niña, ¿cuánto os dan por hacer ese vestido?—preguntó la solterona dirigiéndose á Avelina.

—Tía, por otros que hemos hecho ya para Mariquita, nos ha dado su madre doce reales.

—Toma dos, Irene—dijo doña Severa.—Tú no has ganado más. Cuando te paguen—añadió volviéndose á su sobrina mayor,—me darás dos á mí y guardarás diez en tu hucha: ¿lo oyes?

—¡Sí, señoral—respondió Avelina encarnada y llena de turbación.

—Á cada uno lo suyo y á Dios lo de todos; y cuidado que no me dejaré engañar: los diez reales se han de poner en la hucha delante de mí.

—Está muy bien, tía.

—Y desde hoy cada una cobrará lo que cosa; ¿estamos? Que no es regular que la una no haga más que comer y dormir y la otra trabaje como una negra. Diga usted, tía Homobona, ¿quién ha repasado esta semana la ropa?

—La señorita Avelina—respondió la anciana.

—¿Y quién ha planchado?

—La señorita Avelina.

—¿Y quién planchó y repasó la semana pasada?

—La misma.

—¿Qué haces tú entonces?—preguntó la tía á la sobrina menor.

Ésta bajó los ojos, se puso colorada y no respondió ni una palabra.

Avelina hubiera deseado hallarse debajo de tierra.

—Hija, no sé cuál será tu suerte—dijo doña Severa:—mala te la auguro; porque Dios ha prescrito el trabajo como ley. Pero, en fin, con tu pan te lo comas, y ¡ojalá que no tengas que llorar!

—Allí viene el padre Matías—dijo Avelina para distraer á su tía.—¡Qué gordo y hermoso está Palomo!

La tía Homobona, sin sacar la rueca de la cintura, fué á abrir, y el padre Matías entró en la habitación seguido de su perro.

La anciana criada acercó una silla para el sacerdote, y se fué á la cocina á disponer el chocolate; pero cuando aquél fué á sentarse, le dijo doña Severa:

—Hágame usted el favor de pasar á mi cuarto, porque tenemos que hablar.

—Mira, prima—dijo Irene así que su tía hubo desaparecido:—estoy tan harta de la tía y de su casa, que me voy á marchar.

—¡Marchartel! ¿Y adónde?

—Á servir; á la ciudad.

—¿Pero qué es lo que puede irritarte de ese modo?

—Aquí, todo: tú te haces la mosca muerta y no dejas resorte por mover para que me riñan. Esa vieja lenta me quema la sangre y me echa en cara el pan que como. Conque lo he dicho: me voy, y cuanto antes.

—Pero, mujer—observó suavemente Avelina, —¿dejarás de conocer que la tía tiene razón?

—¿Cuándo?

—Cuando te regaña. ¡Si no haces nada!

—No quiero coser ajeno.

—¿Y por qué? ¿Es algún sonrojo? ¿No somos pobres? ¿No saben todos que no tenemos nada? ¿que la tía sólo cuenta con un pasar modesto?

—No falta quien asegura, y nosotros lo sabemos también, que es rica.

—Y yo creo que los que tal dicen, y aun nosotras, nos equivocamos: ¡rica ella y da tanto!

—¿Ella dar? Malos ratos.

—No: yo lo sé, lo he visto. Un día que estaba yo en esa alcoba, ignorándolo ella, dió al padre Matías muchos envoltorios de papel, y le dijo: «Mire usted, esto para José, el zapatero que está enfermo; esto para la viuda de Juan, el albañil que se cayó; esto para el viejo Eulogio; y esto para usted.»

—¡Sí! ¡Lo que es á él, ya le dará!

—¿Por qué dices eso?

—Yo me entiendo.

—¿Serás mal pensada?... ¡De la tía!...

—En fin, lo que digo es que, para coser ajeno, prefiero servir: que no quiero que suene que me tiene de favor.

—Nadie ignora, porque la tía lo dice á todos, que trabajamos para vestirnos; pero aunque pagáramos aquí lo que comemos, ¿no es más decoroso estar al amparo de nuestra tía y con una criada que nos sirva, que estar sirviendo? Y además, ¿no te quiere el hijo del Mayorazgo? ¿Por qué no le haces caso y te casas con él?

—Es muy bruto.

—Pero es muy bueno; y no hay mujer que no sepa, si quiere, educar á un hombre.

—¡No era mal empeño el de educar á Cirilo! Á pesar de todo, si la tía me quema mucho la sangre, le digo que sí y me caso con él.

Irene se detuvo y miró atónita al camino que se veía á la derecha del balcón abierto. Un elegante carruaje avanzaba por él, y sentados en el pescante, entre algunas maletas, venían el cochero y una camarera.

Detrás y á paso más lento, venía un furgón lleno con el menaje de una cocina, conducido por una especie de carretero, y en cuyo fondo se veía sentado al cocinero, que se daba á conocer por su gorro blanco de algodón y un chico, de unos diez y seis años, que era indudablemente el pinche.

—Esos deben ser los vecinos de la casa nueva—dijo Irene;—asómate para verlos bajar.

Avelina, llena de curiosidad, dejó su labor y se asomó al balcón.

Á la derecha, y ya en el mismo camino, se elevaba un pequeño y lindo palacio de construcción moderna.

Se había levantado en el centro de un parque, que se cerraba por medio de una verja, y á cada lado tenía un pabellón separado del cuerpo principal del edificio, á los que se subía por una escalera separada también.

El palacio sólo tenía un piso y una azotea con su terrado muy grande.

Á la espalda había un hermoso jardín; en cuanto á los pabellones, parecían también capaces y cómodos.

Las dos primas esperaban con marcada curiosidad ver bajar del carruaje á los nuevos habitantes de Egea.

Descendió primero un caballero joven y de bella presencia, que dió la mano á una dama anciana.

Luego ayudó á apearse á una señorita, que parecía contar unos veinte años á lo sumo.

El traje de los tres respiraba elegancia y riqueza; pero el de la joven era el más notable.

El caballero fué á ofrecer el brazo á la dama anciana para entrar en la casa; pero aquélla le señaló á la joven con un gesto expresivo.

Sin embargo, la señorita rechazó el apoyo y echó á andar ligeramente hacia la casa.

Entonces el caballero ofreció de nuevo su brazo á la anciana, que esta vez lo aceptó, y pronto desaparecieron todos tras de la verja de hierro que remataba en puntas doradas.

Quedó solo el furgón, que descargaron el cocinero y el pinche.

—¡Qué traje lleva esa joven!—dijo Irene;—grana y blanco! ¡Es deslumbrador!

—Demasiado para camino—repuso Avelina.

—¡Y qué sombrerito con plumas blancas! Esas gentes son, á no dudar, de Madrid. Ahora llega otro carruaje. Mira, bajan del fondo dos camarras, y son francesas, á juzgar por las gorras; y del pescante dos lacayos. ¡Debe ser muy rica esa familia y muy dichosa!

—¿Quién sabe!—murmuró Avelina.

—No se puede dudar. La riqueza...

—¡Ay, Dios mío! ¡Me he olvidado de coser!—dijo Avelina;—esta noche no podré acostarme si he de acabar el vestido, y he de acabarlo, porque la palabra es palabra.

—Pues, hija, yo no pienso ayudarte, porque como no he de cobrar...

—Aunque no me ayudes, te daré la mitad.

—¡Darme! ¿Y para qué? ¿Qué hago yo con seis reales?

—Guardarlos.

—¡Vaya un capital!

—Por algo se empieza: á esos seis reales vas reuniendo otros, como hago yo; así es que ya tengo en mi hucha seis duros.

—¡Pues tienes una gran cosa! Más de seis duros valdrán las botas que lleva ésa señorita que ha entrado en la casa nueva.

—Tengo para comprarme un vestido que me hace mucha falta; y á ti no te vendría mal otra cantidad semejante, porque te hallas en el mismo caso que yo.

—¡Á mí me hacen falta tantas cosas!...

—Hablo de lo necesario y no de lo superfluo. Vamos, prima mía, no te desanimes, que eso es lo peor que puedes hacer; valor, y luchemos con la desgracia: Dios recompensa la resignación.

Irene sacudió negativamente la cabeza, con la expresión del más profundo desaliento.

—¿Por qué no te casas con Cirilo? ¿No sientes por él inclinación alguna?—preguntó Avelina.

—Ninguna—contestó su prima.

—Entonces, no hablemos de eso.

—¿Por qué? Para casarse, maldita la falta que debe hacer el amor.

—Querida Irene—repuso Avelina,—nada sé del mundo á pesar de tener diez y ocho años, pues ya recordarás que sólo contaba doce cuando mi tía me trajo á su lado, y antes tampoco había salido de este pueblo, en el que he vivido con mis padres; pero aún tengo presente el santo cariño que los unía, la alegría con que mi madre llenaba

34488

todos los deberes de su casa, la felicidad que nos rodeaba á todos, la paz y dulce satisfacción que presidían en nuestras comidas. ¡Ah!; ¡cuando pienso en eso, me digo que no me casaré nunca sin amor! Algunas veces se enojaba mi padre, y mi madre le desarmaba con ir á apoyarse sobre su espalda y murmurar á su oído algunas palabras dulces; otras era mi madre la que se enfadaba, y su marido acudía á disipar la nube que la envolvía: ninguno de ellos se resistía á la primera tentativa del otro, y si lo hacía, no llegaba su fortaleza para resistirse á la segunda. ¡Ah!; ¡qué bella y santa vida disfrutaron mis padres, á pesar de su pobreza!

Irene se encogió de hombros.

—¿De modo—repuso—que para ti las delicias de la vida consisten en comer poco y mal, llevar humildes vestidos, pasar los días remendando, bariendo, cuidando de las haciendas más groseras y desempeñando los oficios más bajos de la casa? ¿Y para esto se casan algunas mujeres?

—Para esto se casan muchas, prima mía: por esta razón no debe casarse ninguna sin amor, pues sólo el amor puede dar fuerzas para llenar los arduos deberes domésticos. El amor es la luz que todo lo ilumina y lo embellece y que hasta ahuyenta las sombras de la pobreza.

—Á bien que si yo me caso con Cirilo, no seremos pobres.

—Tampoco es tan rico que puedas vivir libre

de cuidados: es verdad que ningún caudal basta para eso.

—Pues yo, cuando me case, será para llevar la mejor vida posible.

—Y yo para trabajar cuanto pueda, para tener arreglada mi casita, para hacer feliz á mi marido.

—Ya sale la tía: calla.

—En efecto, se había abierto la puerta del cuarto de doña Severa, y dió paso á ésta y al padre Matías.

Ambos volvieron á sentarse al lado de las muchachas, y la tía Homobona sirvió un exquisito chocolate con tortas de manteca, que su ama, ayudada de Avelina, había hecho.

Doña Severa dió una sopa á cada una de sus sobrinas y luego les dijo gravemente:

—Idos á merendar.

Las dos salieron y se dirigieron al comedor, donde la tía Homobona les sirvió un plato lleno de frutas secas y pan tierno.